

ct

Números redondos

Drama en siete cuadros

de
Miguel Ángel Martínez

(fragmento)

A mi abuela.

El orden de los siete cuadros de este drama histórico puede ser modificado a excepción del primero y el último. El producto que surja de la alteración de los factores será uno u otro dependiendo de la elección del director de escena. La unión entre un cuadro y otro puede ser resuelta sencillamente con fusiones de músicas, sonidos, luces e incluso imágenes.

Por otro lado, los personajes pueden reducirse a una actriz y dos actores. Solamente en el último cuadro aparecen en escena tres hombres a la vez. Sin embargo, uno de ellos es un adolescente de dieciséis años que puede ser representado por la actriz convenientemente caracterizada.

"JUAN: Si no hubiera memoria, no habría futuro, que también es memoria soñarlo tal como lo queremos."

M. Aub

"Todo número es cero ante el infinito."

V. Hugo

1. Medio millón de libros

"Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres."

H. Heine

Oscuro inicial. Por la radio y en húngaro la voz del Secretario de Estado Kolozsvary. Va subiendo la luz hasta dejar la estancia en una penumbra suave en la que se distingue el vaivén de llamas lejanas. Es el despacho de ÁNGEL SANZ BRIZ, ministro interino de la legación española en Budapest: una mesa grande, un sillón, una lámpara de pie, varias sillas, estanterías, archivadores, un mueble bar abierto, un reloj de pared, un perchero con una chaqueta y sombrero, la radio... Una puerta a la derecha comunica con el despacho de la secretaria. SANZ BRIZ, treinta y cuatro años, en mangas de camisa, la corbata aflojada y copa de vino en la mano contempla a través del ventanal de la cuarta pared las llamas que destruyen los miles de libros apilados en la plaza del ayuntamiento de Budapest. Su expresión, entre los reflejos y claroscuros que arroja el fuego en su despacho es amarga, resignada y serena. Es 16 de junio de 1944 y suenan las ocho de la tarde en el reloj. Las palabras húngaras de la radio se van transformando en españolas.

VOZ DE KOLOZSVARY EN LA RADIO

Este es un acto heroico de defensa del pueblo húngaro, para salvar el ideal de raza aria que encarnamos y los judíos se empeñan en destruir. Ellos se han servido de los libros para sembrar la semilla del mal en nuestra cultura y nuestras costumbres. Por eso, hoy arrancamos la cizaña de raíz, impidiendo así que sus escritos continúen envenenando las mentes de la nuestra juventud. Esta es la primera destrucción pública de libros judíos que hace el pueblo magiar, pero yo os aseguro que no será la última. Hoy, dieciséis de junio de mil novecientos cuarenta y cuatro, medio millón de libros judíos serán convertidos en ceniza sobre la que germinará con renovada fuerza la flor y nata de los nuevos hombres de Hungría.

(Suenan tres golpes en la puerta, simétricamente distribuidos en el tiempo. SANZ apaga el aparato y enciende la luz del despacho.)

SANZ

Adelante, Marie. *(Entra MARIE FOURNEAU, secretaria de SANZ. Es una mujer francesa de unos cincuenta años algo ajada por el trabajo reciente y las penurias, pero que conserva una fuerza y dignidad inquebrantables. Lleva una carpeta en sus manos. SANZ le sonríe.)* Toc - toc - toc. Es usted inconfundible. Punto - punto - punto, como la letra S en código Morse.

MARIE

(Respondiendo con otra leve sonrisa.) Monsieur Sanz, si usted lo desea, cambio a otra letra.

SANZ

Pues ahora que lo dice, nos conviene que vaya aprendiendo la O, que es raya - raya - raya. Tal como se están discutiendo los acontecimientos podremos necesitarlo en cualquier momento. Punto -

punto - punto, raya - raya - raya, y así sucesivamente.

(Silencio. MARIE le muestra la carpeta.)

MARIE

Ya están pasados a máquina todos los nombres de hoy. *(Le tiende la carpeta.)*

SANZ

(Tomándola.) Perfecto. Usted siempre tan diligente.

(SANZ se vuelve y deja la carpeta sobre la mesa del despacho.)

MARIE

¿Dispone usted algo más, monsieur Sanz?

SANZ

No, nada. Márchese a casa a descansar. Hoy ha sido un día interminable y mañana probablemente será peor.

(MARIE se mantiene en su sitio. Después de vacilar un momento se decide a hablar.)

MARIE

Monsieur Sanz, no sé si es el momento adecuado, pero lo cierto es que hace días que quiero hablar con usted.

SANZ

Claro, Marie. Siéntese, por favor. *(La secretaria toma asiento.)* Y tomémonos un respiro entre tanto trabajo... *(SANZ toma la botella de vino y otra copa.)* Y una copa de vino, si le apetece. *(En tono desenfadado.)* Seguro que usted preferiría un Cabernet, pero solo puedo ofrecerle un sorbo de Rioja para pasar el mal trago de este espectáculo.

MARIE

Se lo agradezco.

SANZ

(Sirviendo el vino en una copa.) “Vino mio el mi kerido, no me tomes el sentido, estate bien kontente, segun yo esto alegre”. *(Pausa. MARIE lo observa intrigada.)* Es parte de una "Cansion de borachon" muy común en las cantinas medievales de España.

MARIE

¿Es eso español?

SANZ

Más o menos: español sefardí. Esas personas cuyos nombres usted ha mecanografiado todavía lo hablan como hace cuatrocientos años Sefarad. Así llamaban a España. *(Pausa. SANZ le ofrece la copa de vino.)* Por Sefarad.

MARIE
Por Sefarad.

(Brindan y beben. SANZ vuelve a mirar a través de la ventana.)

SANZ
España es tierra de refranes. Casualmente justo antes de que usted entrase estaba dándole vueltas a uno de ellos: «De noche todos los gatos son pardos». ¿Qué le parece? *(Como saboreando el refrán.)* «De noche todos los gatos son pardos». *(Pausa.)* El reflejo bellissimo y dantesco en el Danubio de esa hoguera que devora medio millón de libros judíos en la plaza del ayuntamiento de Budapest, esta noche, sería idéntico en el Sena de su París o en el Ebro de mi Zaragoza. ¿No cree usted?

MARIE
Lo que yo creo es menos poético, monsieur Sanz. *(Pausa.)* La historia universal me ha enseñado que quien empieza quemando libros suele acabar echando hombres en la misma hoguera.

SANZ
Tiene usted razón, Marie. Discúlpeme. A veces solo nos queda la lírica y una copa de buen vino para no morirnos de asco.

MARIE
Monsieur, usted sabe que yo soy judía.

SANZ
Por supuesto. Y también sé que es usted francesa.

MARIE
Francesa, pero judía al fin y al cabo. Y para los alemanes todos los judíos somos iguales.

SANZ
De eso quería usted hablarme...

MARIE
Las cosas se están poniendo terribles para nosotros, monsieur. Más allá de que nos humillen pintando una estrella amarilla en la fachada de nuestras casas y obligándonos a llevarla también en el brazo, han deportado a más de doscientos mil judíos adonde nadie regresa para contarlos.

SANZ
(Se pasea por la escena.) Marie, nadie como usted conoce lo anómalo y delicado de mi situación. Con la marcha del señor Muguero, de la noche a la mañana me encuentro ascendido a ministro interino de la legación española de negocios, a la espera del nombramiento, envío desde Madrid y toma de posesión de un nuevo ministro titular. De eso hace ya tres semanas, y con la que está cayendo, dudo mucho de que exista diplomático que desee venir a este tablero donde juegan Hitler y Stalin. Incluso en el remoto caso de que eso ocurra, seguramente ya sería demasiado tarde, porque Budapest y Hungría entera habrán caído en manos del Ejército Rojo. *(Pausa.)* Para ese entonces yo habré vuelto a España, donde me esperan mi mujer y mis hijos.

MARIE

Comprendo.

SANZ

Mi influencia resulta ridícula en todo esto. Créame, la única esperanza del pueblo judío está en la victoria de los aliados.

MARIE

Y hasta que llegue ese día los nazis alemanes y húngaros continuarán exterminándonos.

SANZ

Usted trabaja para España y tenemos acuerdos con las fuerzas del Eje al respecto. No tiene nada que temer. Yo respondo personalmente por su seguridad, Marie.

MARIE

Y le agradezco su protección de todo corazón, monsieur.

SANZ

No es mi protección, es la de España.

MARIE

Provenga de usted o de su país, sé que nunca será suficiente para parar esta locura. *(Pausa.)* Sin embargo yo desearía que mi protección fuera para otra persona. *(Pausa.)* Tengo cincuenta y dos años. He vivido bastante y lo que me tenga que ocurrir me ocurrirá. No me importa. Siento verdadero horror por este mundo, pero en él lo único que me queda es mi hijo, Samuel. Es por él por quien tengo muchísimo miedo. Tiene dieciséis años. Es joven e inconsciente del peligro que corre. Sé que no puedo pedirle que salve al pueblo judío, ni siquiera le pido que me ayude a mí...

(MARIE se interrumpe al borde del llanto. Silencio. SANZ se mesa los cabellos. Se acerca a la carpeta y repasa sus contornos distraídamente con su mano.)

SANZ

De acuerdo, Marie. Traiga a su hijo el lunes y le buscaremos alguna ocupación en la legación que no levante demasiadas sospechas.

MARIE

(Emocionada.) Muchas gracias, monsieur Sanz.

SANZ

(Irónico.) Habrá que enseñarles a los alemanes que los judíos no son como los gatos en la noche.

MARIE

(Saca de su bolso un brazalete con la Estrella de David) Debo marcharme, Samuel me espera. Se preocupa si me retraso. Hasta el lunes, monsieur.

SANZ

Guarde esa estrella. La llevaré en mi coche. Esta noche puede pasarle cualquier cosa por las calles.

Vamos.

(SANZ apura su copa, se pone la chaqueta y salen ambos. Oscuro.)